

## PRESENTACIÓN DEL DR. ALBERTO BERRO

Tenemos hoy la alegría de presentar los capítulos III y IV del Curso de metafísica que el Doctor Komar dictara, entre los años 1972 y 1973, a médicos y psicólogos en la Clínica Jackson. El año pasado publicamos el capítulo I, “Inmanencia y Trascendencia”, y el capítulo II, “Participación y Presencia”. El capítulo III versa sobre la “Primacía de la contemplación”, y el IV, sobre “Acto, potencia, devenir”.

Antes de pasar al contenido de estos dos capítulos conviene recordar la naturaleza de estas publicaciones: se trata en sus orígenes de “lecciones” orales, destinadas a “enseñar”, es decir, a mostrar, a hacer ver a los oyentes, especialistas en la problemática de la salud mental, las ricas implicancias antropológicas que se desprenden de los grandes principios de la metafísica tradicional. Por lo tanto piden del lector una disposición a la escucha, una *docilitas*, un dejarse enseñar por la lectura y meditación de estas palabras. De alguna manera podemos transportarnos imaginariamente a 1972, al barrio de Belgrano, para ser uno más de esos médicos y psicólogos que con avidez buscaban completar su formación profesional con un fundamento humanístico y filosófico. Nuestro maestro en sus últimos años se mostró especialmente interesado en publicar este curso, porque existían excelentes apuntes revisados por él mismo.

No es adecuado esperar de este escrito un manual de metafísica en sentido tradicional. Los temas no siguen un orden lógico de tipo secuencial, sino que son como grandes ventanas por las que se aborda, desde distintos puntos de vista, un único “espacio interior”: la profunda verdad que dice que la realidad es un Orden creado, y que la vida del hombre, su salud y su felicidad radican en abrirse a ese orden y adecuarse siempre lo mejor posible a él. Para obtener una visión de conjunto de los ocho grandes temas es muy recomendable leer, al final del tomo IV, la clase 29, en la que el profesor ofrece a los oyentes una visión panorámica de los cuatro primeros capítulos y de los cuatro por venir (p. 91).

También conviene tener presente el subtítulo que acompaña a cada capítulo: en este caso, la “Primacía de la contemplación” es “presentada a través del análisis de los efectos del activismo puro”, y la doctrina del acto y la potencia se enseña “a través del análisis del desarrollo de la personalidad”. La peculiar búsqueda pedagógica y filosófica del curso nunca apunta a enseñar las tesis metafísicas en abstracto, ni a realizar un análisis meramente conceptual de los temas, como sucede en un manual convencional. Mucho menos a abundar en tecnicismos que son necesarios en

la formación específica de un filósofo, pero no sólo no son indispensables, sino que muchas veces se vuelven un estorbo, cuando el objetivo es mostrar la sencilla pero fecunda verdad que estos grandes principios contienen.

Una constante del curso es que siempre se busca ilustrar los principios con situaciones humanas concretas, tomadas de la historia política, de la problemática sociológica de la época en que fueron dictados, o de los problemas psicológicos profundos del hombre. Este doble camino, de los principios a lo concreto, y desde lo concreto a su aclaración en términos metafísicos, constituye la clave de lectura de estas lecciones. Los “hechos”, sean históricos, sociológicos, psicológicos, etc. reciben desde la luz metafísica una “última claridad posible” que nunca podrían alcanzar sólo desde la ciencia particular a la que corresponde abordarlos: los principios metafísicos, a su vez, reciben de esta ilustración una concreción, una vitalidad, un “realismo vivido” que no se encuentra en ningún manual de metafísica. El principio nunca queda “abstracto”, los hechos nunca quedan “oscuros”.

Pero por esta misma razón esta lectura exige un esfuerzo muy especial, en ambas direcciones: a los que nos movemos con soltura en el ámbito de los principios escolásticos y sus interrelaciones en el plano especulativo nos exige que “aterricemos” constantemente para aprender una y otra vez a “ver” estas verdades universales encarnadas en el mundo real del hombre, de su mundo y sus anhelos, lo cual no nos resulta nada fácil. Y a los que se mueven con comodidad en el ámbito concreto de la historia, de la sociedad o de la mente humana y sus problemas, los impulsa a elevar el punto de mira para procurar entender estas mismas problemáticas a la luz de principios más profundos y abarcadores, lo cual pide del especialista una autosuperación constante.

Unas palabras tomadas del tomo III, página 83, nos dan indicaciones útiles sobre el modo adecuado de aproximarnos a estos asuntos, sea a través de una lección oral o de un texto escrito. Se dice allí: *“Actualmente en la civilización occidental, fuertemente dominada por el racionalismo, la entrega es un problema. Este problema existe en el amor, en el matrimonio y yo lo constato especialmente en el campo del estudio. Cada vez se encuentra menos gente joven que se entregue a algo. Ante un maestro del cual podrían aprender mucho adoptan una actitud de almacenero. O llega un ilustre visitante al que se lo podría aprovechar según el cucharón que se use, pero se limitan a lo que estrictamente les interesa a ellos. Si Ud. le aconseja a un estudiante que escuche un curso completo porque es interesante, él le contesta que le interesa sólo una parte. La visión completa es resistida por el punto de vista utilitarista, y de esta manera los estudios y la*

*ciencia no progresan (...) La teoría, la contemplación científica o visión teórica exige una gran entrega; pero los estudiantes en lugar de abandonarse a lo que dice el conferencista, de estar con él y después tratar de reflexionar sobre lo que dijo, ya en el camino, antes de entender, empiezan a ver las fallas, a presentar objeciones y entonces no captan nada. Esto pasa también con los libros: no hay generosidad, no van un poquito más allá, lo que les resultaría más fácil que gastar sus energías en mantener tantas reservas. De esta manera no germina nada.*

\* \* \*

Digamos ahora unas palabras sobre los capítulos que hoy se presentan. “Primacía de la contemplación” consta de cinco lecciones. En la primera se sientan las bases teóricas, se dice lo esencial. Las otras cuatro son ampliaciones o explicitaciones. Busquemos el hilo conductor. Lo primero es entender qué significa “primacía de la contemplación”. Dice en la página 6: “*La primacía de la teoría o de la contemplación o del ver sobre el obrar y el hacer, significa fundamentalmente que en un mundo que no hemos creado nosotros, sino que es obra de Dios, debemos estar primero atentos al sentido y al valor de las cosas, a su orden, a su verdad; debemos primero ver y después obrar y hacer. No significa desvalorizar ni la praxis (en sentido griego), ni la poiesis (o la praxis en el sentido moderno), sino sólo ubicarlas en su justo lugar. Sin la primacía de la teoría no hay realismo. La realidad de las cosas se convierte en simple material plasmable para las transformaciones humanas. La primacía de la teoría no significa de ninguna manera el predominio social de los que se dedican a la vida teórica o contemplativa: místicos, teólogos, filósofos, científicos especulativos, monjes contemplativos, poetas, sobre los hombres que se dedican a la vida práctica. La primacía de lo teórico quiere decir sobre todo que el momento de la búsqueda de la verdad por la verdad siempre precede al momento práctico o poiético, también dentro de la misma praxis o poiesis. Primero hay que ver cómo están las cosas, sólo después se puede obrar o hacer. Si no se cumple con esto, se pierde la realidad dada bajo los pies.*”

A partir de allí se explican con mayor detalle los conceptos de *teoría*, *praxis* (en sentido clásico) y *poiesis*, como tipos de conocimiento y de actividad, y se muestra su conexión. La primacía de la *teoría* es exigencia coherente de la visión del mundo como Creación. El mundo es un orden sabiamente pensado y amorosamente querido. De manera que para poder “obrar” y “hacer” bien, es decir, tanto para una “realización de nuestra esencia” mediante la *praxis*, como

para una *poiesis* acertada, “colaboradora” y no destructiva de la riqueza actual y potencial del mundo, resulta indispensable la actitud contemplativa por la cual ese orden creado se nos revela.

Por esta razón la negación de la primacía de la contemplación, y su sustitución progresiva por la mal llamada “primacía de la praxis”, que en rigor es “primacía de la *poiesis*”, va llevando a la negación de la verdadera praxis, a descuidar el *ars totius bene vivendi*, el arte de “vivir totalmente bien” en que consiste la vida ética. Dice en la página 13: “... *en la mentalidad que abandona la esencial primacía de la teoría, sin la cual no hay realismo, no puede prosperar la praxis en sentido griego, es decir, el pensamiento y la actividad dirigidos a la formación moral del hombre. Si no hay orden natural, si, entonces, no hay un orden de esencias o naturalezas, tampoco se puede hablar de la esencia o la naturaleza del hombre, de sus reales virtudes, de su desarrollo ordenado en el que consiste la formación de la personalidad*”.

La consecuencia gravísima de esta negación es la reducción de toda actividad humana a *poiesis*, entendida como un absoluto que no se debe ajustar a medida objetiva alguna. Si no existe un orden dado que contemplar para adecuar a él nuestra praxis y nuestra *poiesis* a fin de que sean acertadas y fecundas, entonces lo único que importa es la acción, como se explica en la página 17: “*Si lo que interesa ante todo es actuar, entonces no es indispensable ver antes de actuar, porque lo que importa es la acción o creación humana, y no lo que existe antes de ella. No interesa la creación divina que se revela en la naturaleza y en su orden, ni la creación de las generaciones pasadas, o de otras personas que no se encuentra en el ámbito de nuestros intereses. La primacía de la praxis no es delicada ni respetuosa con lo que no proviene de ella*”.

Más aún, la negación de la *teoría* y de la praxis en sentido clásico lleva a la concepción de *todo* el conocimiento y la acción humana como *poiesis*: conocer deja de ser descubrir algo dado y pasa a ser “producción”, como ya se puede vislumbrar en Kant y se explicita totalmente en el Idealismo y, en otro sentido, en el Pragmatismo. El “hacerse hombre” deja de ser un colaborar en uno mismo con la propia esencia dada, y en ella con las potencialidades y tendencias recibidas de nuestro Creador, para transformarse en una pura autocreación, sea individual, como en Sartre, o colectiva, como en el positivismo y el marxismo. En este último se ve de manera muy clara por qué la praxis en sentido clásico se diluye en pura *poiesis*: el hombre como ser genérico se “hace a sí mismo” no ya mediante la tarea de la autoeducación moral, sino transformando el mundo por el trabajo. El fondo metafísico de estas actitudes es el ateísmo: no hay creación, y el hombre es el

único “creador” de sí mismo y del mundo, siendo la materia un mero material plasmable, en nosotros y en las cosas, por la “soberanía titánica” de nuestra acción (p. 83).

Una de las consecuencias de esta reducción es la transformación del conocimiento en “producto”, sometido a las leyes de todo producto en la sociedad de consumo: se produce, se vende, se utiliza, se desgasta y cuando ya no sirve más se tira. Hoy somos testigos asombrados de esta norma tiránica de obsolescencia programada para los “productos del pensamiento”, como si fueran heladeras o programas de computación: un autor circula como pan caliente durante un par de años, y a los veinte años podemos conseguir cinco de sus libros por diez pesos en una librería de usados. Otra de las consecuencias es la reducción del conocimiento a “razón instrumental”, uno de los puntos de llegada obligados de la negación de la primacía de la contemplación: el utilitarismo más craso en la relación del hombre con la naturaleza y consigo mismo, denunciado por la Escuela de Frankfurt, a la que Komar aprecia por la agudeza de su diagnóstico, no obstante lo insuficiente de sus propuestas de solución.

Pero tanto el hombre como la naturaleza se rebelan contra esta relación de mero dominio, y nuestra época es testigo sufriente de esta rebelión. En ese sentido, si bien estas clases fueron dictadas hace 37 años, su actualidad esencial se mantiene, o incluso se hace más aguda en nuestro tiempo. Porque no hemos superado la relación de dominio hacia la naturaleza y el hombre, porque no hemos recuperado el sentido de un orden dado del ser, ni adoptado la actitud contemplativa que ese orden exige tanto para la praxis como para la *poiesis*.

Otro de los puntos de llegada de la negación de la primacía de la *theoría* es lo que el profesor denomina en la cuarta clase del capítulo, siguiendo a von Rintelen, “el demonismo de la voluntad”. Se trata de la actividad por la actividad misma, la voluntad “pura”, ese “hacer, y haciendo hacerse, y no ser nada más que esto” del que hablaba Jules Lequier, de trágico final, como se nos cuenta en la página 69. En esa cuarta clase se describe la esencia del activismo puro, como fuga engendrada por el horror al vacío en un mundo que no nos ofrece sustento. Se dice en la página 61: *“El demonismo consiste en un puro dinamismo que exhorta a abandonarse a las fuerzas instintivas rompiendo todo pretendido vínculo y límite del orden racional. La voluntad y la vida se anteponen a la razón y a toda jerarquía racional de los valores. La realidad es un devenir perenne y en vano el hombre trataría de injertarse con su acción en un inexistente orden del ser. Existe un río histórico, una corriente y hay que lanzarse a ella. El hombre debe comprender que la acción tiene su valor en sí misma, no está limitada a ninguna ley, ella misma dicta su propia*

*ley. Por la acción libre el hombre se hace él mismo Dios. Dios no es otra cosa que esa gran acción, como ya lo explicaba Fichte y muchos otros. En este mundo, en el que nada tiene consistencia, en el que no se puede distinguir entre el bien y el mal, al hombre no le queda sino actuar por actuar. El alma contemporánea es así radicalmente pesimista y activista al extremo, porque no sabe dónde va, sino que lo único que interesa es seguir adelante, y no se puede ser optimista sin ver un fin en las cosas*". En ese puro activismo encuentra nuestro maestro la esencia profunda tanto del nazismo como del fascismo, sin dejar de detectarlo en la moderna sociedad consumista.

El capítulo culmina con una lección estupenda, la quinta, cuya lectura recomendamos especialmente: contemplación y felicidad. Allí se retoma la visión clásica en la plenitud de sus consecuencias. Podríamos intentar resumirla aquí, pero será mejor que Ustedes mismos la lean, mediten y disfruten.

\* \* \*

En el volumen IV, "Acto, potencia, devenir", el profesor se vale de estos conceptos clásicos de Aristóteles para iluminar especialmente la problemática de la "praxis" en sentido estricto, es decir, de la magna tarea que todos tenemos de desarrollar la propia personalidad, de "hacernos hombres" (Die Menschwerdung). Komar cita a Peter Wust: "*Me hice filósofo para llegar a ser hombre y de repente descubro que era indispensable hacerse hombre, para tan siquiera llegar a ser filósofo*" (página 5).

Utilizando la excelente fórmula de San Máximo el Confesor se nos dice en qué consiste el "movimiento" que lleva a la realización personal, y no al cambio por el cambio mismo: "kínesis eidopoiós", es decir, "movimiento especificante": "*San Máximo sostiene que el devenir no es algo indiscriminado, genérico, algo fluido, no definido, sino que está estructurado. El movimiento de cada ser, de cada ente o sustancia, es un movimiento que no borra sus connotaciones propias sino que lo individualiza, que lo personaliza y lo especifica; el devenir, el movimiento, es especificante ... Por más que yo me de vuelta y haga malabarismos jamás podré actuar saliendo de mi esencia, cualquier cosa que haga será una explicitación de mi esencia, desordenada u ordenada, pero jamás será algo genérico, algo diluido, en lo cual yo pueda perder mi personalidad o mi responsabilidad*" (p.10).

Luego, de la mano de Guardini y de sus memorables reflexiones sobre "las edades de la vida", se nos indica en qué consiste este camino del crecimiento personal: (*La aceptación de sí*

mismo, pág. 82) “... la mayoría de edad; en sentido personal, no biológico ni jurídico (...). Ahora se desarrolla eso que se llama carácter: la consolidación interior de la persona. No es fijeza ni endurecimiento de los puntos de vista y de las actitudes, más bien consiste en la convergencia del pensamiento viviente, del sentir y el querer, con el propio núcleo espiritual (...) Es la época en que se descubre lo que significa la duración. Representa lo que, dentro de la corriente del tiempo, tiene parentesco con lo eterno: lo que edifica, mantiene en pie, sostiene y lleva adelante. En esta época descubre también el hombre lo que significan fundamentos, defensas y tradición. Descubre qué estéril y también qué mísero es abandonar constantemente la línea trazada por el que va delante, para empezar todo de nuevo”.

Podemos preguntarnos cuál es la conexión entre estos temas tan humanos y los conceptos de acto y potencia. El profesor lo explica (p. 17): “Primero hay algo que existe actualmente. En el caso del hombre, existe actualmente una determinada persona humana. Si no existiese tal como es actualmente, no habría posibilidad de desarrollo. En ese ser actual radican todas las posibilidades o potencias, que tienden hacia la actualización, hacia un acto, y el acto final enriquece al acto primero... El camino es siempre hacia una mayor perfección, una mayor realización, o sea, mayor actualización. Lo que es potencial tiene que desarrollarse para llegar a ser actual... El proceso es: acto-potencia-acto. Después, sucesivamente se presentan otras posibilidades, y así adelante. Pero siempre el camino es hacia la actualización, y el comienzo no es la potencia sino el acto”. Como puede verse, en el fondo la metafísica es muy sencilla.

De allí se deducen implicancias en cuanto a la fidelidad creadora, que no es posible en un enfoque en el que la potencia tiene la primacía: (p. 17) “Si queremos desarrollar las potencias reales del ser, tenemos que ser fieles a aquel primer esbozo que ya actualmente existe en cada uno de nosotros. Sin fidelidad no hay realización, pero la fidelidad como simple conformidad al estado de hecho tampoco ayuda mucho. La verdadera fidelidad es creadora o no es fidelidad. Fidelidad que realiza lo posible. El concepto de fidelidad supone primero el querer realizarse. Si uno no quiere realizarse ¿por qué va a ser fiel? Y también podemos decir: si no nos interesa nuestra realización, si no nos interesa la praxis en sentido moral, en la acepción aristotélica del término, ¿para qué vamos a ser fieles? La falsedad universal que observamos hoy se relaciona con esto, porque en la pura poiesis donde todo es fabricación de cosas externas no hace falta la fidelidad, más bien estorba. Si se pierde de vista la praxis la fidelidad no tiene sentido... Así se entiende que la fidelidad sea inseparable de toda realización. Si no debemos salir de nuestro cauce, de nosotros

*mismos, si no debemos perder el camino, si nuestro movimiento es especificante, la actitud que corresponde es la fidelidad”.*

La primacía del Acto se fundamenta en la visión del mundo como creación, es decir como mezcla de acto y potencia que proviene de un Creador que es Acto puro, y por lo tanto total Perfección. Desde aquí se revaloriza la exigencia de “perfección” como algo esencialmente humano, hondamente deseado por nuestra naturaleza. Hoy resulta particularmente difícil comprender su sentido, nos dice, por tres razones: (1) porque culturalmente predomina una primacía de la potencia y una mentalidad de “puro devenir”; (2) porque, por la primacía dominante de la *poiesis*, la natural búsqueda de perfección que existe en nuestra esencia se desplaza reductivamente hacia ella, hacia la abundancia y riqueza de medios técnicos, en lugar de centrarse en la praxis, en el camino hacia la propia perfección; (3) y finalmente, porque aún en el caso de aspirar a esta última, muchas veces la buscamos en modelos o ideales que no están en la línea de nuestra esencia, y así caemos en el “perfeccionismo”. Sólo en la “kínesis eidopoiós” es posible la propia perfección, porque sólo podemos asemejarnos a Dios realizando nuestra propia esencia individual, paradigma único según el cual hemos sido creados individualmente. Crecer significa entonces actualizar nuestras propias potencialidades para parecernos cada vez más y mejor, al mismo tiempo, a nosotros mismos y a Dios, y éste es el camino de perfección que ansía nuestra *voluntas ut natura*. Komar nos invita, como su maestro de latín lo hiciera con él en sus años de secundario, “*a crecer, a no dejar de crecer nunca, a crecer hasta la muerte*” (p. 21). De este arte ineludible en la vida de todo hombre “*no hay jubilación*” (p. 34). Si tomamos real conciencia de la importancia de esta tarea continua, ya no imaginaremos la línea rectora de nuestra vida como esa parábola de ascenso, cima y declinación con que solemos describirla influidos por una sobrevaloración de la juventud, fenómeno del siglo XX que es analizado en profundidad en este capítulo, sino como un camino de constante crecimiento hasta la muerte, ya que “*mientras nuestro hombre exterior se va desmoronando, nuestro hombre interior se renueva incesantemente*”, como dice San Pablo (II Cor., 4, 16).

La doctrina de la potencia y el acto nos enseña también que es falsa la opción entre el dinamismo del devenir y la estaticidad del ser. La verdadera alternativa se encuentra entre dos concepciones del devenir, una que respeta, desarrolla y profundiza el orden del ser en nosotros mismos y en los demás, y otra que afirma el puro devenir sin orden: “*¿Se es contrario al cambio para que las cosas queden como están? entonces allí la confrontación es falsa. Siempre se*

*encuentran partidarios de un orden y partidarios del cambio, pero lo que corresponde es que el cambio sea causado dentro del orden*” (p. 34).

El capítulo consta de cinco lecciones: la primera, en la que nos hemos detenido hasta ahora, trata acerca del “hacerse hombre”; la segunda explora la cuestión del historicismo bajo el título “Devenir de la persona, devenir de la humanidad”; la tercera analiza la tesis de la primacía de la potencia en la denominada “izquierda aristotélica” de Ernst Bloch, y hace extensiva esta primacía de la potencia a otras concepciones metafísicas de trasfondo ateo; en la cuarta, central desde el punto de vista teórico, se explica la tesis clásica de la primacía del acto. Allí se retoman las tesis de la primera lección y se explicitan sus consecuencias para la vida humana. Finalmente, en la última clase se nos propone aquella visión de conjunto del curso a la que hicimos referencia, necesaria para alcanzar la visión panorámica, convergente, unitiva que siempre está latente en el desarrollo de los diversos temas, y que muchas veces perdemos de vista: la profunda unidad de la metafísica, que refleja la unidad en la diversidad de la creación divina.

\* \* \*

Porque estamos convencidos de que el pensamiento no es un producto de consumo que se produce, se compra, se usa, se desgasta y se tira: mucho menos el de los clásicos, o la peculiar visión metafísica y antropológica desarrollada por nuestro maestro, clásica y contemporánea a la vez; porque tenemos la íntima convicción de que estas verdades son “perennes” precisamente porque tienen el potencial de dar respuesta a las problemáticas de épocas diversas, también de la nuestra, presente y futura... es que consideramos valioso sacar a la luz estos cursos. Pero para que su efecto benéfico se produzca no será suficiente la mera disponibilidad física de estas enseñanzas. Para que puedan dar los frutos que albergan en semilla para los tiempos que vivimos y para los que vienen, es necesario que volvamos a meditarlas, a hacerlas verdaderamente nuestras, y desde ellas realizar, en relación con los problemas del hombre actual, la misma tarea que el Dr. Komar realizó para los del siglo que pasó. No basta con conservar y publicar, es indispensable repensar los grandes principios y esta manera peculiar de abordarlos, para confrontarlos de nuevo con la problemática de nuestro tiempo, que cada vez más dejará de ser el suyo, e intentar la misma empresa respetando nuestra peculiar modalidad. Y ésta es una de las dimensiones más desafiantes y entusiasmantes de la tarea que nos ha sido encomendada, y a la vez, quizá, la más difícil.